VIII.

La Corte Marcial.

NICOLAS Romero y sus desgraciados compañeros habian sido conducidos á México para ser juzgados por la Córte Marcial.

¿Quién no ha oido hablar de las Córtes Marciales francesas? Tribunales espantosos y sanguinarios, si es que puede darse el nombre de tribunales á esa reunion de hombres destinados á dirijir y organizar asesinatos.

En las Córtes Marciales no habia defensa posible: casi siempre la simple denuncia bastaba para fundar una sentencia de muerte, que se ejecutaba sin dilacion: ninguna garantía, ninguna esperanza, ninguna salvacion para el acusado.

Los vocales de esas juntas, ávidos de sangre, atropellaban las fórmulas mas comunes y aceptadas en los juicios, y su solo objeto, su única mision, era procurar diariamente ocupacion á

los verdugos que, como el tigre que acecha su presa, esperaban todas las noches la lista de los que al dia siguiente debian dejar de existir.

La Inquisicion tenia mas aparato para el suplicio, quizá mas crueldad en los tratamientos que hacia sufrir á sus víctimas; pero mas deseo de sangre y mas constancia en el asesinato, no.

Las Córtes Marciales, en poco mas de tres años que duraron establecidas en México, hicieron morir por lo menos triple número de individuos que la Inquisicion en casi tres siglos.

Solo la famosa ley de 3 de Octubre, publicada por el Imperio, excedió en crueldad á las Córtes Marciales.

México estaba sobrecojido de espanto: la espada de Damocles pendia en cada hogar sobre la cabeza de cada miembro de la familia.

Todo el mundo esperaba un sangriento término en el juicio de Nicolás Romero y de sus oficiales, y nadie, á excepcion de algunos hombres de corazon de hiena, estaba contento.

Le hacian á Romero cargos que, por ridículos, formaban un espantoso contraste con el valor que les daba la Córte Marcial.

Se le reprochaba como un crímen haber hecho requisicion de caballos para montar á sus soldados, sin recordar que Bonaparte, el primer cónsul, habia hecho en Paris lo mismo para reorganizar las caballerías del Ejército del Rhin.

Se le presentaba como prueba de las calumnias de que era víctima, una carta de su general, en que le aconsejaba el mayor órden y moralidad en la tropa, como si un consejo ó un mandato en este sentido, probára otra cosa, que la nimia escrupulosidad que tenian los gefes republicanos para guardar y cuidar de las garantias sociales.

El fiscal ó relator Lafontaine emplazaba orgullosamente á todos los gefes republicanos para el banquillo de la Córte Mar-

cial, y pedia siempre con mas ó menos entusiasmo, la muerte para Romero y sus oficiales.

Vana fué la defensa, vanos é inútiles los esfuerzos de todos los hombres de bien.

La Córte recibió mil informes favorables á Romero.

Los testigos todos declararon su buen comportamiento, y solo dos soldados franceses, que debian la vida á la generosidad del coronel republicano, declararon en su contra.

¡Pero no! Aun hubo otro, otro que por vergüenza de México es mexicano; otro que mostró en sus declaraciones una especie de rabia encarnizada, acusando á Nicolás de haberle robado hacia algunos años, su caballo, y que apesar de los empeños y de los ruegos de varias personas, no quiso callar ni retirar su declaracion, que fué en la que casi se apoyó la sentencia de muerte: este hombre se llama Manuel Echávarri.

La familia Murillo estaba en aquella estancia misma en que la conocimos; pero esta vez Elena no dormia, aunque tambien eran mas de las diez de la noche. La jóven estaba inquieta, y cada vez que oia tocar el zaguan, se levantaba á ver por el balcon que daba al patio, quien llegaba.

—Esta ansiedad es mortal—dijo Doña Guadalupe.

—Horrible—contestó D. Bartolo.

—¿Qué habrá sucedido?

—Yo tengo esperanza—decia D. Bartolo—de que no le condenen á muerte: se han presentado buenos informes, y todos los testigos han declarado bien.

—Sí; pero ese Echávarri ha declarado: de manera que eso solo será bastante para que el pobre de Romero vaya al cadalso.

—Pero qué, ¿no le hablaron? ¿no le suplicaron?

—Sí, pero todo fué en vano.

—Dios se lo perdone.

—Dios se lo perdone, repitió D. Bartolo.

En este momento sonó el zaguan.

—Ahí están, dijo Elena.

—¿Qué habrá sucedido? dijo Doña Guadalupe.

Se oian los pasos de Jorge y de Eduardo que iban subiendo la escalera; el silencio en la estancia era completo; D. Bartolo, su muger y su hija no se atrevian ni á hablar; casi contaban los pasos que se venian acercando poco á poco: por fin empujaron la vidriera.

—Abre, dijo á Elena Doña Guadalupe.

Elena abrió: los dos jóvenes entraron sombríos y silenciosos.

—¿Qué hay? dijo con ansiedad Doña Guadalupe.

—Todo se ha perdido, contestó Jorge.

—No hay ya esperanza; están sentenciados á muerte, agregó Eduardo.

—Ese hombre muere, porque los franceses le tienen miedo, dijo el viejo D. Bartolo.

Todos volvieron á quedar en silencio.

Eduardo besó la frente de Doña Guadalupe, y se sentó.

Jorge estrechó la mano del viejo, y se sentó tambien.

Elena no se atrevia ni aun á mirarlos.

La muchacha sentia crecer cada dia su simpatía por Jorge, y enmedio de su candor y su inocencia, no dejaba de dirijirle de cuando en cuando miradas incendiarias.

Estaba en su derecho, y esto en ella era casi tan justo como la defensa de la propia conservacion, irreprochable y de derecho natural.

Pero aquella noche habia de por medio un negocio tan grave, que Elena tuvo vergüenza de pensar siquiera en otra cosa.

—¿Y no habrá esperanza en el indulto? preguntó Doña Guadalupe.

—Creo que no, madre, contestó Eduardo.

—Pero el emperador se lo ha prometido al Lic. D. Pedro Escudero y Echanove, diciendole que le avise violentamente si sale condenado Romero.

—Ojalá, dijo Jorge: pero temo mucho que nada consigan, porque cada dia me convenzo mas de que no es Maximiliano el que manda, sino los franceses.

—En fin, harémos otro esfuerzo—dijo D. Bartolo—aunque ustedes ya saben que yo tengo pocas relaciones, y sobre todo con las gentes que figuran; pero harémos, harémos lo que se pueda. ¿Crees que aun habrá tiempo, Eduardo?

—Yo creo que sí, padre: casi á las diez se ha concluido la audiencia, y supongo que no será mañana la ejecucion.

—Bueno, contestó D. Bartolo, pero por sí ó por nó, siempre lo mas prudente será comenzar á trabajar esta noche. Mira, dí que pongan el coche, y tú Guadalupe dame mi capa y mi sombrero.

—¿Vas á salir?—dijo Doña Guadalupe.

—Voy á ver á Caralmuro, á ver si podemos hacer algo en favor de Romero.

Eduardo salió á mandar poner el carruaje, y Doña Guadalupe entró por el sombrero y la capa de su marido.

En la mayor parte de las familias de México se observa que aun cuando están en el mayor grado de prosperidad, las mugeres tienen costumbre de servir y cuidar personalmente á sus maridos, sobre todo en estas pequeñeces. Hermosa y santa costumbre, que hace siempre del hogar, el hogar, y de la familia, la familia; que no permite á las riquezas ser el sepulcro de esas benditas obligaciones de la esposa, y que conserva en toda su pureza y en todo su vigor, esas delicadas atenciones del hombre con la compañera de su vida.

Entre nosotros la esposa, la muger, es la mitad de nosotros mismos, y no se considera solo, como en otras partes, respecto al marido, como el sócio industrial para ganar el sustento ó

padecer entre los pobres y el sócio capitalista para negociar ó derrochar entre los ricos.

—Aqui está la capa—dijo Doña Guadalupe: ¿te vas sin cenar?

—Sí

—Tome usted algo, papá, dijo Elena.

—No, hija: en la casa de Caralmuro tomaré algo si me dá hambre; al fin es hombre solo, y yo tengo con él bastante confianza: lo que importa es no perder el tiempo; ea, á ver mi capa.

D. Bartolo se puso su sombrero, y luego se volvió de espaldas para que Doña Guadalupe le pusiera la capa.

—Muy bien.

—Ya está el coche, dijo Eduardo entrando.

—Pues vamos. Ya vuelvo, Guadalupe.

—¿Acompañamos á usted? dijo Jorge.

—No: es mejor que se queden con la familia, porque tal vez vuelva yo tarde, y no estaria tranquilo si todos los hombres nos fuésemos.

D. Bartolo bajó la escalera, y poco despues se oyó el ruido sordo del coche, rodando en el patio, y luego el ruido mas sonoro que hacia en la calle, y que se fué perdiendo rápidamente en direccion al centro de la ciudad.

IX.

Una gota de acíbar en una copa de miel.

DABAN las once de la noche en el relox del palacio imperial, cuando el carruaje de D. Bartolo se detenia en la puerta de la casa de Caralmuro.

—Ya estará D. Juan durmiendo el segundo sueño, pensó Murillo: si no fuera porque la cosa urge y es tan importante, no llamaba; los porteros estarán durmiendo ya; vá á ser necesario alborotar la casa.

D. Bartolo llamó con dos golpes furiosos, y cuando esperaba que tardarian mucho en abrirle, y que seria necesario volver á llamar, vió que la puerta se abria inmediatamente.

—¿Está aun despierto Caralmuro? preguntó.

—Sí señor, suba su merced, contestó un lacayito que habia abierto el zaguan.

—Bueno, pensó D. Bartolo; esto me quita algo la mortificacion.

Y comenzó á subir la escalera, tosiendo de cuando en cuando como todos los viejos.

Al llegar al corredor, observó mucha luz en la sala, y oyó voces de señoras que hablaban y reian en ella.

—¡Calle! dijo deteniendose: ¿qué es esto? ¿si habré equivocado la casa? Pero no; si el lacayo me dijo que Caralmuro estaba aun levantado: ¿Se habrá casado este hombre?

—¿Qué mandaba usted? dijo una criada que salió al corredor.

—¿Criadas? dijo entre sí D. Bartolo: si aquí no habia mas que hombres.

—¿Buscaba usted al señor? insistió la criada viendo que no respondia.

—Sí, al señor D. Juan de Caralmuro, contestó D. Bartolo, esperando con esta contestacion sacar algo en limpio.

—Pues pase usted á la sala, allí está con la niña, dijo la criada, y volvió á entrarse á las piezas.

—¿Con la niña? pues ahora sí que no lo entiendo: pero vamos á ver: y se dirijió resueltamente á la sala.

En un sofá, Caralmuro y Mondragon conversaban alegremente con Leonor y Doña Salvadora, que estaban con ese aire de confianza que tiene una muger en su casa, sentadas en dos sillones al lado del sofá.

Leonor estaba encantadora: sus mejilas coloreadas por el placer y sus ojos brillantes por la satisfaccion, la hacian mas bella que nunca: una elegante bata de muselina vaporosa y trasparente, habia sustituido á su pobre vestido de percal blanco con listas cafés; y sin mas alhajas que unos sencillos pendientes de coral y un fino bejuquito de oro en el cuello, estaba verdaderamente ideal.

Caralmuro la contemplaba con delicia, y la muchacha le hablaba con esa gracia y esa ligereza que son el ámbar que exhala el alma vírgen de una muger á los diez y seis años.

—Vamos, hijita, decia Caralmuro: ¿de nada te acuerdas? ¿ni del mar, ni de las palmas, ni de nada?

—De nada, papasito, contestaba la muchacha tomandole una mano: no recuerdo mas mar que el que hay pintado en un cuadro de Robinson en mi casa de la Merced, ni mas palmas que las del domingo de ramos.

Caralmuro reia.

—Salió tan niñita de la costa, decia la vieja Salvadora, que es imposible: si yo, como le digo á usted, apenas recuerdo, pues ella.....

—Buenas noches, dijo en la puerta D. Bartolo.

—¡Oh amigo D. Bartolo! dijo Caralmuro: cuánto bueno por esta casa. Pase usted, pase usted, que no podia llegar en mejor ocasion: estoy de enhorabuena, soy verdaderamente feliz en esta noche: voy á presentarle á mi hija, á mi Alejandra, á quien yo creia ya perdida para siempre: mírela usted, mírela usted. Alejandra, te presento á mi buen amigo el Sr. D. Bartolo de Murillo, un hombre muy honrado, padre de una muchacha muy bonita y de un jóven muy simpático. ¿Es verdad, D. Bartolo, que es muy bonita mi hija? ¿Es verdad que no me ciega el amor de padre? Diga usted, usted que tiene tan buen gusto.

—En efecto, esta señorita es muy hermosa, contestó D. Bartolo, atarantado con aquel diluvio de palabras, con aquella locuacidad tan extraña en el carácter reposado de Caralmuro.

Un gran dolor ó un gran placer cambian el carácter de un hombre, vuelven tonto al mas hábil y al mas avisado: y D. Bartolo comprendió que allí pasaba una cosa muy extraordinaria, porque jamas recordaba haber visto de esa manera á su amigo; y así es que despues de saludar á Mondragon y á Doña Salvadora, se determinó á esperar la explicacion de aquel enigma, y la opurtunidad para hablar de su negocio. Conocia que no habia llegado en buena hora, pero tambien sabia que no habia otra.

—¡Oh! pues oiga usted, continuó Caralmuro: hace catorce años por lo menos, que perdí á mi hijita, y hasta hoy me la vuelve Dios, pero ¡qué hermosa y qué buena! porque ahí donde usted la vé, tiene un corazon de angel. ¡Oh! usted sabe lo que se quiere á una hija; figúrese usted lo que sentiria si se perdiera su Elena.....

—¡Eh! dijo D. Bartolo, que ante esta idea olvidó hasta el negocio que llevaba.

—Que se perdiera su Elenita y que la llorára usted por muerta trece ó catorce años, y sin saber de ella.....

—¡Jesus! ¡Dios me libre!

—¿Y qué sentiria usted el dia que volviera á encontrarla?

—¡Ah! ya lo creo.

—Pero soy un loco, dijo de repente Caralmuro; usted debe tener algo importante que decirme, donde ha salido de su casa á esta hora; pero estoy tan contento, soy tan feliz, que de todo me olvido hoy.

—Sí, en efecto, tengo algo que decir á usted, contestó D. Bartolo.

—Pues pase usted por acá—dijo Caralmuro levantandose y dirijiendose á un gabinete inmediato.

—Vamos, con permiso de las señoritas.

—¿Qué tiene usted, amigo?—preguntó Caralmuro, luego que se hubieron sentado.

—Señor D. Juan, malas noticias: Nicolás Romero ha sido sentenciado á muerte.

—¡Cómo.....!

—Como usted lo oye: á las diez, poco mas ó menos, se ha pronunciado la sentencia.

—Pero eso es inícuo, infame; eso no tiene nombre.

—Será lo que usted quiera; pero asi ha pasado.

—¿Y cuándo debe ejecutarse la sentencia?

—No se sabe; pero creo que no debemos perder tiempo.

—Tiene usted razon, no debemos perder tiempo, y los momentos son preciosos: el Emperador ha prometido el indulto y es necesario obtenerlo esta misma noche. Voy á decir que enganchen.....

—No hay necesidad: mi carruaje está á la puerta y puede usted disponer.

—Muy bien: pase usted á la sala mientras vuelvo: voy á ver á Escudero.

Caralmuro besó la frente de Leonor, ésta le besó la mano, y sin mas despedida, salió de la sala y bajó las escaleras.

Leonor y las visitas quedaron en silencio, y se oyó en la calle, distintamente, la voz de Caralmuro, que decia al cochero: calle de Medinas núm 5, y el carruaje echó á andar.

—Si logro salvar á Romero, decia Caralmuro, arrellanandose cómodamente en un rincon del carruaje, es este el dia mas feliz de mi vida. Encontrar á mi hija, y librar de la muerte á un buen patriota.

Media hora despues el coche volvia de la calle de Medinas, y Caralmuro pensaba:

—¡Qué desgracia en un dia tan feliz para mí! Una gota de acíbar en una copa de miel.

X.

Un Calvario.

LA familia Murillo esperaba la vuelta de D. Bartolo, y era ya mas de media noche.....

A cada ruido de coche que se oia por la calle, decia Elena: ahi viene, y se asomaba al balcon. Jorge y Eduardo estaban anonadados: les parecia imposible que se atrevieran á fusilar á Romero; tan valiente, tan generoso, tan desinteresado, tan patriota.

Por fin se oyó venir un carruaje que se detuvo frente á la casa, y se escuchó ese silbidillo que sirve á los cocheros en la noche para anunciar su llegada y que se les abra sin necesidad de llamar al zaguan.

La puerta se abrió, y el coche penetró en el patio, que comenzaba á estar oscuras.

D. Bartolo llegó al lado de la familia.